

# LA CONJURA DE LOS SABIOS

LUIS VILLALÓN

# LA CONJURA DE LOS SABIOS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

TDiseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: octubre de 2024

© Luis Villalón, 2024  
© de la presente edición: Edhasa, 2024  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6438-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14678-2024

Impreso en España

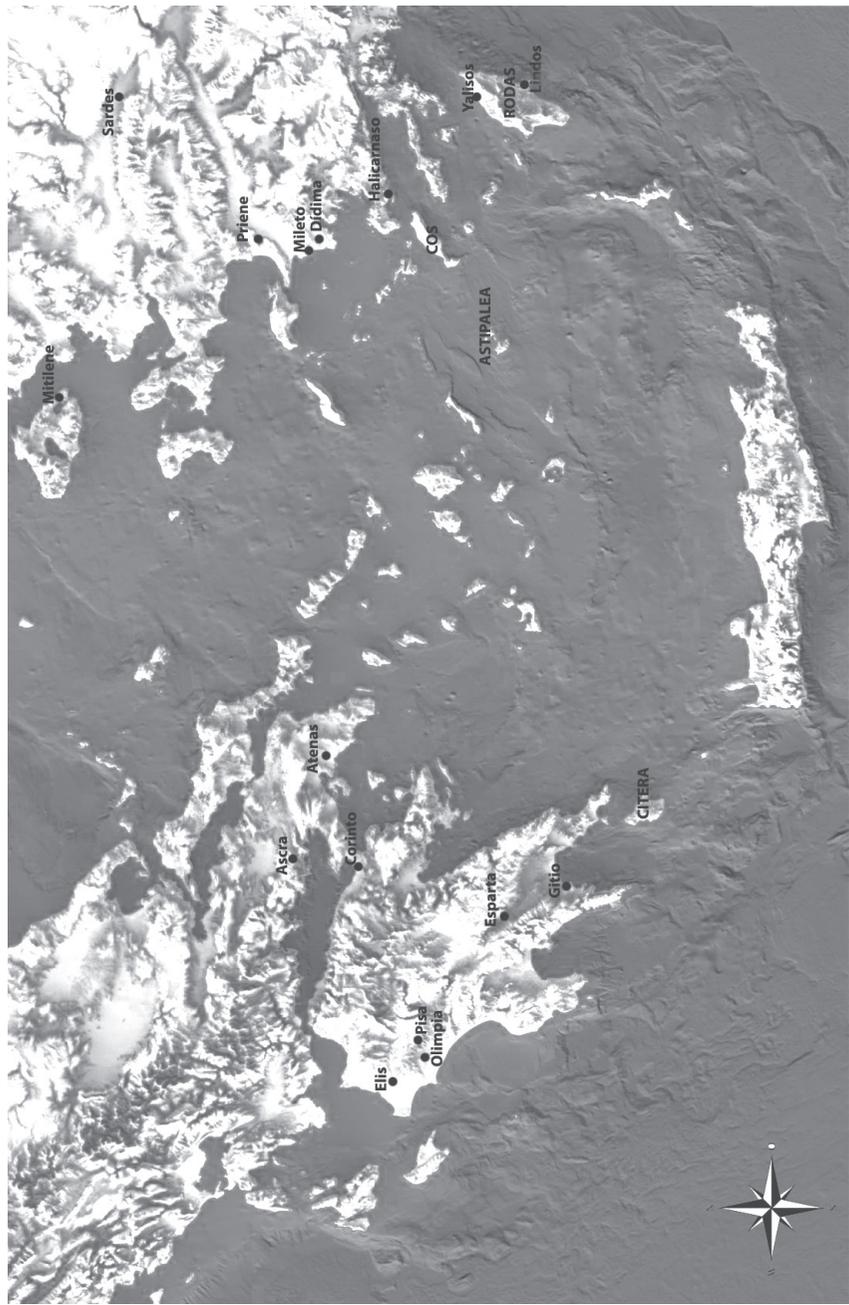
*A mis padres, los más sabios.  
A Patricia, que sabe más que yo.  
Y a Nerea e Irene, sabias a su manera,  
que es la buena, claro.*

«Otros pueblos tienen santos,  
los griegos tienen sabios».

FRIEDRICH NIETZSCHE,  
*La filosofía en la época trágica de los griegos*

«El sol alumbraba indistintamente a los íntegros  
y a los desalmados, a los justos y a los injustos,  
a los sabios y a los tontos».

OAKLEY HALL, *Warlock*



Grecia a principios del siglo VI a. C.

## DRAMATIS PERSONAE

(Se indican en cursiva los personajes reales)

- ANACARSIS:** ciudadano de la lejana Escitia. Esclavo, timonel y sabio: la combinación perfecta. Habla un poco raro, eso sí.
- ANDÓCIDES:** amigo de Mnesicles. Ingenuo y sabio a partes iguales; o casi.
- CAMALEONTE:** aristócrata de Elis, amigo interesado de Cratino. El interés no es mutuo.
- CLEOBULINA:** hija de Cleóbulo. Lo que al padre le falta, a la hija le sobra; o eso parece.
- CLEÓBULO:** tirano de Lindos. De vuelta de todo, si es que alguna vez ha ido a alguna parte.
- CRATINO:** aristócrata de Elis y guardián del hueso de Pélope. Abofetearía a todo el mundo.
- DÍFILO:** viejo tuerto y desdentado. Le puede la avaricia, aunque, las cosas como son, recita de maravilla.
- EUMEO:** amigo y socio del protagonista. Su lema es: «Si hay que robar se roba, pero robar por robar...».
- EUMEO (otro):** borrachín de Lindos. Quiere un camino que lo lleve a una meta (hasta que descubra que la meta es el propio camino).
- LICAS:** habitante de Esparta con cierta semejanza a los perros: se pasa la vida buscando huesos.

- MNESICLES:** pescador de Gitio. El mundo se le queda pequeño, pero si fuera más grande se perdería en él.
- NICÉRATO:** pescador de Gitio. Menos mal que salió a navegar aquel día.
- PERIANDRO:** tirano de Corinto. Un sabio malvado como los de antes.
- QUILÓN:** joven habitante de Esparta. Entre místico, sabio y obnubilado. Ah, la juventud...
- SOLÓN:** aristócrata de Atenas. Inteligente, bien hablado, poeta, líder natural... Lo tiene todo.
- TALES:** habitante de Mileto a quien le entusiasman los triángulos tanto como ayudar a sus vecinos.
- TRASÍBULO:** tirano de Mileto. Lo mismo te cubre de oro por aquí que corta unas cabezas por allá.

Y el protagonista, un ladronzuelo de Ascra. Le gustaría tener un caballo volador. Con esos gustos, lo de menos es cómo se llame.

Llego así al final de la historia. No me resta mucho más que hacer salvo dejarme llevar: este es el término de mi vida y el resultado de mi búsqueda. Estoy exagerando; aún no es el final, pero me queda bien poco para llegar a él. Tiene gracia: si a alguien se le pasara por la cabeza contar todo lo que he vivido y comenzara por aquí, por este justo momento, más le valdría aprender a hacer las cosas como es debido. No se empiezan las historias por donde acaban, del mismo modo que no se empieza a construir una barca poniendo los maderos en el agua para que floten. No tengo ni idea de cómo se construye una barca, pero así seguro que no. Lo que quiero decir es que contar algo comenzando por el final sería como... como empezar por el final, desde luego. La cabeza me da vueltas, me parece que estoy desvariando.

Siento un ligero hormigueo en los dedos y en la planta de los pies. Ojalá se trate solo de un entumecimiento, porque la otra posibilidad no me parecería nada agradable. Recuerdo cuánto disfruté Perilao contándome los detalles del proceso. Al principio, pensé que se lo estaba inventando todo simplemente para ver qué cara ponía yo, pero ahora que llevo un buen rato aquí creo que lo que me dijo es, con total exactitud, lo que me espera. Habría preferido que ese sádico insensible fuera un sádico insensible y mentiroso. En cualquier caso, mi vida está abocada a su fin y no me hace ninguna gracia que el camino hasta llegar a él sea lento y doloroso. Algo he de pensar para distraerme mientras tanto.

Según dicen, cuando uno está a punto de morir, ve pasar toda la vida delante de sus ojos en un instante, como si de un torrente de recuerdos se tratara. Yo no quiero irme ya, así que por mí el desfile de vivencias puede emplear el tiempo que necesite; pero si va a ser a cambio de un largo e incómodo sufrimiento, quizá sí sería mejor que transcurriera en un suspiro. También dicen que uno empieza a envejecer cuando añora más el pasado de lo que confía en el futuro. Pues mi futuro es bastante oscuro y prefiero no imaginármelo, así que a mis veintitantos veranos —o treinta y tantos, vaya uno a saber—, debo de haber entrado ya en la edad de la decrepitud.

Ya no sé ni lo que me digo, y lo que tampoco quiero es volverme loco justo antes de traspasar la puerta del Hades, no sea que en lugar de subirme a la barca de Caronte me tire de cabeza a la Estigia y me ponga a nadar en dirección contraria. Pero qué tontería es esa, si yo no sé nadar. Voy a tener que imponerme alguna tarea que me ayude a conservar la capacidad de razonar y me permita estar cuerdo en todo momento, saber quién soy y quién he sido. El repaso de cómo he llegado a esto, eso es. Así será verdad lo de que la vida desfila ante los moribundos justo en el instante previo a su deceso. Y, de paso, le enmendaré la historia a quien intente contarla empezando por este suplicio en que me encuentro ahora, aunque nadie iba a querer contar mi patética historia, después de todo. Bien, la cuestión es que yo nací en... Oh, me importa un higo dónde nací. No hace falta irse tan atrás, o me va a resultar más penoso recordar quién soy que estar aquí metido. Si me remonto tanto, habré muerto y aún no habré visitado los años de mi primer bozo bajo la nariz. Mejor comenzaré más adelante, conmigo ya de muchacho, o un poco después, cuando me fui de casa. O cuando conocí a Eumeo, cosa que sucedió enseguida. Pero, para ser sincero, me da una pereza enorme. Basta. Daré inicio a la evocación de mi existencia en el momento en que aparecí mi amigo y yo en la ciudad de Elis. No: al preciso instante en que pusimos en marcha el plan. De eso solo hace unos meses. Es un buen arranque, tan bueno como cualquier otro.

Además, todo encaja, porque estoy a punto de convertirme en un cadáver, el cadáver de un gran hombre –siempre me he tenido en la más alta estima, eso me lo inculcó mi madre–, y la historia comienza con el recuerdo de que el gran hombre había muerto.



# α

# YO

En efecto, el gran hombre había muerto y allí estaba yo, vestido de mujer. No sé cuál de los dos hechos era más trágico, aunque entonces a mí no me parecía que ninguno de ellos lo fuera demasiado. No conocía al difunto de nada, pese a ser él dueño de la casa y estar yo en ella. Eumeo me había mencionado varias veces su nombre, pero no lo recordaba; tengo mala memoria para las cosas que no me interesan. Lo cierto era que el cuerpo yacía estirado allí mismo, con los pies señalando a la puerta y esta mirando al este, por donde cada día saluda el sol a los pobres mortales que habitamos esta penosa tierra. Mis lloros y gemidos se alzaban al aire, competían y se enredaban en enconada refriega con los quejidos y sollozos de las mujeres; aunque fingidos, los míos eran, por descontado, más y mejores que los de ellas. De niño he simulado lágrimas montones de ocasiones para conseguir lo que quería; mis padres pocas veces dudaban de mí. Así que en aquella casa, con un muerto delante y rodeado de lloronas, estaba disfrutando con el duelo de lamentos cuyo conjunto se orquestaba en un lastimero griterío. Sin embargo, no era momento de recrearse, sino de abrir bien los ojos y estar atento. Después de todo, el asunto no invitaba a la broma; estábamos llevando a cabo un robo.

Sentada a mi derecha, una señorona con la cabeza y la cara ocultas por un velo que solo dejaba descubiertos los ojos, y engalanada con un arrugado peplo, largo hasta los pies –de esa guisa iba yo también, y, en realidad, todas las mujeres presentes, que no eran pocas–, suspiraba mientras parpadeaba. Se inflaba como un sapo y luego soltaba el aire; de vez en cuando se interrumpía,

y de modo inmediato le brotaban lagrimones tan grandes y cristalinos que casi podía contemplarme en ellos. Yo aprovechaba entonces el reflejo para cerciorarme de que mi indumentaria seguía ocultando mis facciones masculinas y mis extremidades peludas. En especial, me preocupaba el velo de la cabeza. Mi rostro siempre ha sido duro, de formas muy marcadas; demasiado perfecto para pasar por el de una mujer. En aquella ocasión, la incipiente barba tampoco ayudaba, a pesar de que recientemente me había rasurado la mandíbula a fondo, de modo que tapar la cara era fundamental en mi disfraz. En cuanto a mi voz, no había de inquietarme; mi falsete es estupendo.

Al otro lado tenía un coro de plañideras sin duda pagadas para la ocasión, como es costumbre en los funerales. Parecían jóvenes y hermosas –con un velo que solo deja los ojos al descubierto, todas las caras parecen jóvenes y hermosas; incluso la mía, supongo–, pero con toda probabilidad no eran ni lo uno ni lo otro. Las plañideras se escogen siempre entre mujeres que ya han perdido hace tiempo la juventud, la lozanía, la tersura de piel y la inocencia de carácter. La mujer de mi derecha, desde luego, podría haber sido mi abuela. O incluso mi abuelo.

Estaban siendo unas exequias algo atípicas. Lo normal era que las mujeres, entre las cuales de forma furtiva me contaba yo, proyectáramos nuestras lamentaciones desde el gineceo, la estancia donde se recluye el género femenino; en cambio, nos hallábamos en una sala grande que daba al patio, arrinconadas junto a uno de sus muros y con el muerto de cuerpo presente. Unas teas proporcionaban algo de luz al lugar, aunque la claridad del nuevo día comenzaba a colarse ya por la entrada. Olía a miel y a incienso, olores siempre agradables excepto si perfuman el ambiente en tu propio funeral. Por suerte, el protagonista del evento no era yo, sino aquel vejstorio de nombre extraño, de ahí que lo hubiese olvidado. Hasta que alguien lo mencionó.

–¡Oh, Knafóforo!, ¿por qué tuviste que morir?

La estúpida pregunta –el difunto era un carcamal con más arrugas que mi peplo; ya era tiempo que las Moiras cortaran sus hilos, y todos tenemos que morir algún día, caramba– la formu-

ló a voz en grito una de las gemebundas de la izquierda. Lo hizo justo en el momento, y no por casualidad, pensé yo, en que en la sala entraba uno de los familiares del fallecido. El hombre llevaba una cochambrosa túnica sucia y raída, y paseaba en su cabeza una mata de pelo arenosa y grisácea, fruto de los puñados de tierra y ceniza que se habría tirado por encima para manifestar su dolor y desahogar su pena. Al individuo lo seguía otro con la misma apariencia de pordiosero. Alguna de las lloronas sentadas conmigo, me fijé, también estaba rebozada en ceniza. Gracias al aspecto podía distinguir yo a los familiares del cadáver del resto de asistentes: los unos parecían recién llegados de un día de trabajo en una cantera, y los otros vestían immaculados. Los dos cenicientos se quedaron mirando el cuerpo sin vida de su pariente, serios y compungidos.

—Qué terrible es para alguien saber lo que podría haber sido, lo que podría haber hecho. Y, en cambio, tener que vivir sin ser nadie, y saber simplemente que uno se va a morir, y se acabará todo.

—El sudario que lleva lo escogió él mismo. No le tenía miedo a la muerte...

—... sino a dejar de vivir —lo interrumpió el otro—. Lo sé, a mí también me lo decía.

Era temprano, el sol empezaba de despuntar y su luz penetraba por la puerta. Las sombras de aquellos dos hombres se estiraban y se movían de modo fantasmagórico sobre la translúcida cara del finado. Uno de ellos era su hijo; yo lo conocía a él, pero él a mí no. En este debía posar mis ojos, a él había de vigilar. No por ser el principal heredero, lo cual me importaba poco, sino por ser el sacerdote del santuario. Entonces pensé en Eumeo y en lo que habíamos hablado un par de días atrás.

—No has de quitarle los ojos de encima. Imagino que no abandonará la casa en una situación como esa, pero tal vez envíe a alguien al santuario. Has de avisarme si eso sucede.

—¿Y cómo piensas que podré avisarte, Eumeo? Se supone que yo estaré disfrazado de fémica y rodeado de plañideras. Será imposible salir de allí sin llamar la atención.

–Quizá se le ocurra despachar a la sirvienta del santuario –seguía elucubrando Eumeo, ajeno a mis razonamientos–. Estate atento, es una chica joven; contrastará entre la ancianidad que te envolverá allí.

–Te repito –insistí– que con tu plan nos complicamos la vida. En especial, la mía.

Yo había sugerido que hiciéramos la operación cualquier noche al amparo de la oscuridad; menos a mediados de mes, cuando la luna llena resplandece en medio de las estrellas y diluye toda penumbra. Nadie nos vería y lo ejecutaríamos juntos; sería perfecto. Un robo con nocturnidad y alevosía, como mandan los cánones. Pero Eumeo solía quejarse de que siempre era yo quien decía qué hacer, cómo y cuándo. Es lógico que sea así, puesto que soy el más inteligente de los dos, y eso es algo que a él le cuesta reconocer, precisamente porque no es inteligente. Sin embargo, aquella vez le había prometido dejarlo al mando de todo, y mucho me temía que iba a ser nuestra ruina. Mi ruina, más en concreto.

–Se hará como digo o ya puedes olvidarte de nuestra amistad.

A punto estuve de decirle que la acababa de olvidar, pero habría mentido. Así que transigí. Pese a las deficiencias del plan, había que reconocer que Eumeo se había tomado aquello muy en serio. Tiempo atrás, cuando llegamos a la región, yo me llevé una desilusión. Esperaba encontrar una ciudad grande, la más grande que hubiese visto jamás; la fama de Elis se extendía por todas partes donde se hablara griego. Por eso la Elis que durante siglos ha organizado cada cuatro años los juegos atléticos en honor a Zeus no podía ser un villorrio, creía yo. Pues bien, lo era. De hecho, se trataba de un puñado de aldehuelas desperdigadas, como si algún dios –Zeus, claro– hubiera lanzado las casas al aire cual astrágalos y estas hubieran caído sobre la faz de la tierra de aquella manera desordenada, azarosa y dispersa. Mal podíamos llevar allí a cabo «el golpe de nuestras vidas», como lo describía Eumeo tratando de camelarme; triste sería nuestra fama y risible nuestro mérito. Le pedí que desistiéramos, que buscáramos

mos otro lugar, otro objetivo para desarrollar nuestro arte y alcanzar así la gloria. Pero él me animó e insistió en que nos quedáramos; fue entonces cuando dijo que se encargaría de todo y que yo no tendría que inquietarme por nada. Y, como un ingenio, le creí. Eumeo es de natural pesimista y agorero, su espíritu es melancólico y, hasta en el día más despejado y con el sol más radiante, es capaz de imaginar una tormenta. Así que, por una vez que lo veía entusiasmado con algo, no quise coartar su bocanada de empuje y optimismo.

Eumeo entró en acción. Mientras yo permanecía lejos, ajeno a todo y ocioso a la sombra de un buen olivo, él se dedicó a recabar datos. Comenzó a recorrer las callejuelas del villorrio sin hacer ni una pregunta a nadie, para no levantar sospecha alguna, y en poco tiempo dio con lo que andaba buscando: el emplazamiento del santuario. Era muy pequeño, según me explicó después: si hubiera que dormir en él, apenas habría espacio para un par de camas. Nada que ver con los enormes templos modernos que habíamos visto en otros lugares, rodeados de columnas por todas partes, con escalinatas y adornos como si fueran palacios de bárbaros. Eumeo descubrió enseguida quién era el sacerdote que se cuidaba de mantener vivo el fuego del pequeño altar del interior. Averiguó dónde vivía, cuáles eran sus costumbres, cuándo iba y venía del santuario... En fin, todo lo que creyó de utilidad para que nuestros planes llegaran a buen fin. Supo que una joven lo auxiliaba en aquellas tareas, una muchacha de poco menos de tres lustros de vida y que, además de servir en el pequeño recinto sagrado, también lo hacía en la casa del sacerdote. Esta era una gran hacienda situada en la periferia de la ciudad; me hizo gracia que Eumeo dijera tal cosa de una insignificante aldea, periférica toda ella. El sacerdote era el hijo del propietario, un viejo más cerca de las puertas del Hades que de las de su propio patio, veterano de no sé qué batalla y miembro respetado de la comunidad.

—Tan respetado —me aseguró Eumeo— que si se muriera mañana mismo todo Elis asistiría a los ritos fúnebres.

Y ahí estaba la clave de todo. Si el viejo cruzara la Estigia, lo cual parecía más que probable porque se hallaba en las últi-

mas –Eumeo lo sabía gracias a haber escuchado los cuchicheos de los esclavos–, los habitantes de Elis se concentrarían todos ellos en su casa durante la exposición del cuerpo, en el desfile al cementerio y en la casa de nuevo, para la posterior comilona de rigor. En todo ese tiempo, la aldea estaría desierta y él tendría tiempo sobrado de llevar a cabo el robo.

–Aquí es donde entras tú. Necesito que te infiltres en el funeral para no perder de vista al sacerdote ni a la sirvienta. Te diré cómo.

Y me lo dijo. Absurdo, le respondí, más que absurdo, le repetí; me negué en redondo a hacer el ridículo bajo un peplo, le di otras mil razones a cuál más lógica para olvidarnos de su alocado plan. La más obvia era que quizá los esclavos se equivocaban y el viejo no se fuera a morir en un mes o en un año. Pero, al día siguiente de esa discusión, Eumeo vino a la carrera hasta el olivo que me libraba de la canícula con una túnica de mujer bajo el brazo. Me dijo, alegre y feliz como unos crótalos, que el anciano senil ya no rendía cuentas a Zeus sino a Hades.

Cómo averiguó Eumeo tantas cosas, aprovechables algunas, burdas e inútiles la mayoría, era algo de lo que se sentía especialmente orgulloso. Había fingido todo aquel tiempo ser un mendigo, un pobre y mísero viajero que había recalado en Elis como podía haber ido a parar a cualquier otro lugar. Eso le había permitido buscar sitios estratégicos donde permanecer de sol a sol observando, vigilando, absorbiendo información, recopilando datos. Los vecinos eleos, gente cándida e ignorante –y por los dioses que he de decir que la mayoría de los griegos lo son–, de vez en cuando le daban alguna torta de cebada o alguna pieza de fruta para comer, apiadándose de su mísera condición. Y Eumeo comía y observaba, comía y memorizaba, comía y planeaba.

De modo que allí estaba yo dos días después, en el ojo del huracán, llorando como un bebé, envelado como una mujer y preocupado como un imbécil. El sacerdote, hijo del difunto, se quedó hablando con su acompañante; al poco entró un grupo de personas y yo lloré más fuerte para mejor representar mi papel. Advertí que el sacerdote hacía un gesto a una de las plañi-

deras. Esta se levantó y se le acercó, recibió algún tipo de instrucción y se alejó hacia la puerta. Sin duda, era la sirvienta del santuario, porque sus movimientos eran ágiles y sus ojos vivarachos. Estaba sucediendo lo que me temía, y contra lo cual no había ideado aún ninguna estratagema. ¿De qué modo iba a ir tras ella? Si se le ocurría ir al santuario desbarataría todo el estúpido plan del estúpido Eumeo. Pero yo no podía moverme de allí; la sala estaba llena de gente y habría llamado la atención. ¿Una mujer sola, paseándose por aquí o por allá en casa ajena? Me habrían hecho mil preguntas y obligado a sentarme de nuevo.

Mientras me devanaba los sesos buscando una solución, los hombres se acercaron al muerto. Un par de ellos se pusieron a ambos lados de la cabeza y otros dos a los pies. Los primeros se inclinaron levemente sobre el cadáver; por un momento, pensé que se iban a dar un beso en las mismas narices del viejo. Lo que hicieron fue introducir las manos bajo el sudario. Los otros hombres procedieron de igual manera, y entre todos izaron el cadáver. La almohadilla sobre la que reposaba el pelado cráneo cayó al suelo, y con rapidez vi mi oportunidad: si corría a recogerla, una vez de pie, tal vez lograra escabullirme sin llamar demasiado la atención. Hice además de levantarme en el instante en que el sacerdote dijo:

–Se inicia ya el cortejo fúnebre. Poneos todas en pie y seguid la comitiva; acompañad a mi padre, Knafóforo de Elis, hijo de Cratino y nieto de Pitodoro, hasta su última morada. Cesen vuestros espontáneos lloros, mostrad decoro, y hasta que salgamos guardad silencio en este su último viaje.

Un frufú de peplos en movimiento siguió al breve discurso del huérfano, y todas juntaron la barbilla con el pecho en señal de respeto. Yo traté de colocarme entre las primeras del pelotón que se formó para salir por la puerta. Fuera, en el patio, no había rastro alguno de la sirvienta, y si lo había yo no lo descubrí, porque estaba tan abarrotado de gente que era imposible localizar a nadie. Vi a alguien hacer una libación ante el altar de Zeus el Hogareño, pero no era ella. Vi también a algunas mujeres rodear el carro fúnebre que aguardaba en el centro del patio

la rancia carga; ninguna era ella. Vi un pequeño peplo andante que estaba a punto de abandonar el patio y salir por la puerta. Esa sí tenía que ser ella.

–Allí tenéis el agua lustral para purificaros –dijo un hombre cenizoso–. No lo olvidéis antes de salir.

Señaló al otro lado del recinto y me vi arrastrado hacia allá por el rebaño de plañideras que caminaron en congregación. Qué seres más gregarios y grupales, pensé con cierto hastío.

–¿Cómo va ese catarro?

Era la mujerona que había tenido a mi lado durante los lloros, la que se parecía a mi abuelo. Me encontré con su antipática mirada de sopetón y el corazón me dio un vuelco.

–Lo he descubierto de inmediato –prosiguió; observé cómo sus cejas apuntaban afiladas a su nariz, y yo comencé a sudar–. Conozco a todas las mujeres de Elis, y tú no eres de aquí. Imagino que te habrán mandado llamar de Pilos o de Letrinos. Como si en Elis no supiéramos llorar. Pues que te quede esto bien claro: las eleas somos las mejores plañideras de todo el Peloponeso. No necesitamos que venga nadie de fuera a moquear por nuestros muertos, ¿entendido? Además, lo has hecho de pena. Tus lamentos parecían berridos de cabrero, balidos de borrego, mugidos de vaca. O estás afónica y acatarrada, o tienes un plañir horrendo.

Si lo había hecho de pena era perfecto, pensé, teniendo en cuenta que se trataba de un funeral. Pero toda la estima que sentía por mi falsete se fue a los cuervos. Me aclaré la voz con disimulo e intenté salir del apuro como pude.

–Sí, la verdad es que he cogido algo de frío en la garganta...

–¿Frío con este calor? ¡Por Hera y Zeus! En cuanto acabe el sepelio me encargaré de que no te vuelvan a llamar jamás. ¿Cuál es tu nombre?

Las mujeres iban pasando una a una por la pila lustral, y yo me escabullí del acoso de aquel sabueso metiéndome en la fila. Un grupo de ellas comenzó a increparme por colarme, y solo conseguí llamar más la atención. Dos hombres de pelo enarenado lanzaron una severa mirada a la fila de la pila, las mujeres ca-

llaron y la situación se calmó un poco. Hube de resignarme a permanecer allí hasta que saliéramos del patio.

En breve, nos vimos caminando en triste procesión hacia la necrópolis de Elis. Eumeo acertó: si no estaba allí presente todo el villorrio, poco faltaba. Los hombres iban delante, a estos los seguían las mujeres y más atrás un grupo de flautistas que amenizaban el cortejo fúnebre. Miradas al suelo y al cielo, gemidos y lamentos aquí y allá, algún alarido de vez en cuando, música lánguida y mortecina... El espectáculo no animaba a nadie a morir, desde luego. Yo fui retardando el paso, dilatándolo con habilidad y fingimiento para quedarme el último. Por suerte, la mujerona parecía haberse olvidado de mí; estaba bien metida en su labor de gemir al viento y ya no me incordiaba. Me detuve para ajustarme el velo, ceñirme el peplo, sacudirme el polvo y suspirar un poco; así logré colocarme de reata en aquel desfile de almas en pena y salir corriendo en dirección contraria. Nadie me vio, salvo Zeus desde el Olimpo, claro, si es que estaba mirando en ese momento el lamentable espectáculo.

Sabía hacia dónde debía dirigirme: Eumeo me había explicado cómo llegar. Dejé atrás unas cuantas casuchas decrepitas hasta que vi una pequeña fuente en una explanada. No había ni un alma en toda la aldea. Llegué a un lugar donde se encontraban unos altares; giré a la derecha, luego a la izquierda, me topé con un robusto árbol y vi más allá la pequeña edificación que andaba buscando: el santuario. Miré en todas direcciones: no había ni rastro de la muchacha, y pensé que quizá yo había sido más veloz que ella. Me agazapé tras el árbol y oteé el lugar para sorprenderla en cuanto apareciera.

—¡Vámonos de aquí, rápido!

Pegué un brinco y el corazón casi escapó del cerco de mis dientes, como diría Homero si le diera por cantar mis hazañas. Me giré y vi a Eumeo detrás de mí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, aún con el susto en el cuerpo—. ¿Lo tienes? ¿Y la muchacha?

—¡Valiente compañero eres! Luego te lo explicaré, ¡ahora tenemos que largarnos cuanto antes!

Sin más interludio, echó a correr hacia el este, en dirección a un pequeño bosque de encinas que se veía a lo lejos; lo seguí. Hube de alzarme el peplo hasta las pantorrillas para que mis zancadas fuesen más largas, y cualquiera que nos hubiera visto habría pensado que éramos dos novios en fuga, como dicen que aún sucede en los casorios espartanos. Solo que en nuestro caso no era el novio el que perseguía a la novia, sino al revés. Cuando llegó a los árboles Eumeo siguió corriendo y saltando como un gamo, hasta detenerse junto al olivo que aquellos días me había estado brindando su sombra con displicencia. No había pensado yo cuán extraño era que un olivo creciera en un encinar, pero en efecto estaba allí, como si algún dios hubiera determinado que naciera en ese lugar, junto a la corriente de un pequeño riachuelo. Los dioses y sus caprichos; y ¿qué somos nosotros después de todo, sino seres que vamos de un lado a otro por el mundo al albur de los antojadizos inmortales? Tan extraño como ese olivo era mi presencia allí, en Elis, corriendo bajo un disfraz de damisela. Solo cuando llegamos al cauce nos detuvimos y respiramos. Eumeo me miró y de pronto empezó a reír como un incondicional de Dioniso, y yo lo imité sin poder evitarlo. Hasta Celeris relinchó.



## ARETUSA

Ya era tiempo de que el viejo la espichara, por la Diosa. Me cansaba escuchar tanto quejido y tanto gruñido, me cansaba la peste que emanaba de su habitación, y me cansaba sobre todo tener que limpiar sus inmundicias. ¿No hay esclavos en la casa para hacer ese tipo de cosas? ¿Por qué tenían que escogerme a mí? Porque al viejo le hacía gracia verme, me decía el ama. Lo animaba contemplar una cara joven, le daban ganas de seguir viviendo. Pues razón de más para no aparecer por allí, creo yo. ¿No estaban todos deseando que bajara de una vez a ser juzgado por los dioses del Inframundo? El amo no tiene hermanos, que yo sepa, y se quedará con todo; el ama, lo sé bien porque me lo dijo mi madre antes de morir, no lo soportaba; sus nietos sentían miedo en su presencia; y los esclavos y sirvientes no le tenían miedo, sino pavor. Aún me acuerdo cuando despellejó la espalda de Lamprocles a latigazos. Por tanto, bien está; parecía que no se iba a morir nunca.

Ayer hube de lavarme el vestido; el ama me había dicho que me mostrara limpia e inmaculada cuando vinieran todos a la casa para la exposición, pero que luego me echara ceniza por la cabeza en señal de duelo. A ver quién entiende eso. Como de costumbre, al hablarme empleó su habitual tono de superioridad y condescendencia, dando a entender que soy sucia y desaliñada porque me da la gana, y ella comprensiva y bienintencionada por gracia de los dioses. Pero es el amo el que me obliga a ir a cada instante al santuario; en el camino me lleno de polvo, y allí, mientras lo adecento todo, también. Al limpiar el ara de cenizas y prender de nuevo el fuego, es imposible no mancharse.

No es culpa mía, ¿no? Como si ella se lavara cada día; a veces suelta un tufo que tumbaría hasta una oveja. Y no digamos el amo. Menudo par de gorrinos me ha tocado. Y ahora que hay un muerto en casa, a más de apestar van dejando un reguero de ceniza y tierra por dondequiera que pasan, que parecen dos cerdos recién revolcados en un lodazal. Cuánto hubiera preferido irme a vivir al monte cuando me quedé huérfana; ya me habría espabilado yo solita, que todos se piensan que si no eres un hombre no sirves para nada. Pues aquí no sirven ni el uno ni la otra, por la Diosa.

Esta mañana me he tenido que levantar antes del alba. ¿Para qué? Para limpiar de nuevo. Pero si vivimos rodeados de campo y tierra, caramba. ¿Es que están todos tontos aquí o qué? Por suerte, me he podido librar de asear el cuerpo del viejo; bastante lo aseé cuando aún respiraba. Lo han lavado, embadurnado de aceite, perfumado –menos mal– y vestido con un sudario. Más tarde, aunque el sol todavía no asomaba, ha llegado el grupo de plañideras del que me había hablado el ama. Yo, junto con las esclavas y sirvientas, deberé sentarme a llorar con ellas en la gran sala, donde pondrán al difunto. Así lo había querido él, me han explicado. No nos libramos del viejo ni estando tieso, por la Diosa.

De modo que allí nos hemos colocado, todas sentaditas en las largas banquetas de madera que el pobre Lamprocles ha dispuesto junto a los muros. No sé de dónde habrán sacado este coro de lloronas: hay una cuyos berridos van a despertar al muerto. Es grande, en edad y en tamaño, y cuando gime tiembla todo el banco; lo sé porque yo estoy sentada en la punta y aun así lo noto. La que está a su lado, en cambio, parece estar en otro mundo. Mira a todas partes con ojos de susto, como si fuera un mochuelo. Por cierto que sus lloros y suspiros suenan más falsos que sonreírle a un ciego. Menudo coro de inútiles. Lo que no sé, ni probablemente sabré nunca, es qué pinto yo en este cónclave de vejestorios: la más joven del grupo seguro que me triplica la edad, deben de estar todas casadas o viudas. Supongo que mi presencia aquí habrá sido un nuevo antojo del viejo antes de morir. ¿Hasta siendo un cadáver va a fastidiarme la existencia?

Cuando el amo decidió que me cuidara del santuario, imaginé que de ese modo evitaría tener que casarme con nadie; la mayoría de sirvientas de santuarios y templos no se casan jamás; o eso creo. Yo quiero vivir libre y sola. Como Atenea, como Artemisa, como Atalanta. Aunque el amo me contó una vez que Atalanta tuvo un hijo. ¿Entonces esa sí se casó? Valiente traidora. Pero para traidor el amo, que me dijo el otro día que, en cuanto le hicieran una buena oferta, me desposaría con quien fuera. Me asignaría una dote con cualquier cosa y me despediría de la casa y del santuario. Menudo futuro me espera, por la Diosa.

Al poco ha asomado la cabeza del amo en la sala –y él enganchado a ella, por desgracia–, envuelta en una nube de polvo. Se sacude el pelo y llora lágrimas más falsas que las mías, que ya es decir. Se ha entretenido haciendo el paripé con otras personas, y de repente me ha llamado. Me lo temía; ahora me enviará al santuario a avivar el fuego del altar, o vete tú a saber.

Casi acerté. Dice que corra hacia allí, pero no a cuidarme del fuego, sino a poner un pebetero en la entrada y a prender en él incienso juntamente con granos de trigo amasados con miel. Porque en el día de hoy es conveniente congraciarse con no sé qué y no sé cuántos, y el lugar tiene que estar perfumado, y qué sé yo qué más cosas me ha dicho. Gastar saliva inútilmente es lo que ha hecho, porque bastaba con que me ordenara lo que fuese y listo. Es lo mismo que le pasa al ama cuando me dice que haga algo: empieza a explicar, a hacer gestos, a hablarme como si yo fuera tonta... No me tiene que convencer de nada, por la Diosa. ¿No son ellos los que mandan? Pues a mandar y se acabó. Es lo que yo haría. Además, tanto hablar para luego no decirme dónde está el trigo amasado con miel. A mí ni se me ha ocurrido preguntárselo, que no tengo yo más ganas de escuchar sus bobadas, así que salgo de allí, busco a Lamprocles, que siempre está al tanto de todo, y que él me muestre la alacena donde se guarda. Me pongo un poco en una taleguilla y me voy de aquí más contenta que una comadreja con una rata en la boca. Estoy deseando perder de vista por fin al muerto, al amo y al ama. Y a las viejas lloricas. Por la Diosa.

Hago el camino demasiado rápido, lo sé. ¿Qué prisa hay? Ninguna. Pues yo corro como si me fuera la vida en ello. Soy tonta. No me he cruzado con nadie; por lo visto, todo el mundo está en el sepelio. ¿Tanto lo querían? No, claro que no; pero la mayoría ha de cuidar las apariencias y hacer acto de presencia. Si el viejo se entera de que alguien no ha ido al funeral, desde el Inframundo es capaz de azuzar a las Erinias contra el desdichado. Me he detenido un momento en la fuente; abro la taleguilla y me llevo un puñado de trigo con miel a la boca. Buenísimo. Por otro puñado no va a pasar nada; a los cuervos con el pebetero, con el amo y con todo. Bebo un sorbo de agua y sigo hacia el santuario saltando y bailando. De pronto, tengo la impresión de que el día empieza a sonreírme: van a meter al viejo bajo tierra, el amo y el ama se han quedado en la casa, no hay nadie en la ciudad, nadie me vigila ni controla lo que hago... Por la Diosa, con qué poco me contento.

Corro el pestillo y abro el portón. El habitual olor dulzón a rancio y a madera seca y podrida, se me cuele por la nariz. El lugar permanece casi a oscuras. La llama del pequeño altar está en las últimas y apenas quedan unos rescoldos brillantes. Me despreocupo del fuego; el amo ha mencionado el pebetero, no el altar. Si las brasas se apagan no es problema mío. Además, no me apetece ensuciarme las manos con eso. Busco el pebetero, que guardamos tras unas cortinas enganchadas a la techumbre. Allí está; me agacho para cogerlo, y entonces sucede.

Primero me parece notar que cae algo de polvillo del tejado. No es raro: en los momentos de mucho viento a veces descienden al suelo hilillos de tierra. Quien puso aquella cubierta era un incompetente o no tuvo un buen día, le dije una vez al amo. Casi me cruzó la cara de un guantazo por atreverme a hablar así; ni que la hubiera construido él mismo. O el viejo. Pero esta mañana no corre nada de aire. El ruido crece y crece hasta convertirse en un estruendo. Del cielo –o del techo, que en este santuario viene a ser lo mismo– mana de repente una cascada de polvo, tierra, maderos rotos y humo oscuro, denso y gris, que me hace cerrar los ojos y toser. La oscuridad del pequeño recin-

to se transforma en una nube que lo envuelve todo, y que tarda unos instantes en disiparse. Y cuando lo hace veo ante mí al héroe, a la divinidad, al inmenso y enorme ser al que se rinde culto en este pequeño, humilde y cochambroso lugar.

El ser se yergue sobre sus pies –no sé por qué, al principio estaba tumbado patas arriba como un escarabajo–, se sacude el polvo de los hombros y se limpia la cara. Tarda en reparar en mi presencia, supongo que porque yo no soy nada comparada con él, yo soy como una hormiga ante un oso, soy como un gusano ante una gallina, como una cucaracha ante un sapo. Cuando me ve se queda mirándome un buen rato, y yo a él. Nunca he visto un ser inmortal, caramba. Y después dice con voz profunda:

–Sal de aquí.

Se me ponen los pelos de punta. Me entra tal escalofrío por todo el cuerpo y tal flojera en las piernas que no puedo moverme; más bien siento que voy a desfallecer y caerme redonda aquí mismo. Y me habla de nuevo:

–¡Fuera!

Del susto se me va la debilidad; doy media vuelta y desaparezo a todo correr. Si el amo quería tener en la entrada un pebetero de incienso juntamente con granos de trigo amasados con miel, que venga él a ponerlo. Por la Diosa.

